



Belén

Mis hermanos, Joaquín ('77), Juan José ('79) y yo, María del Rocío Belén González ('80) estudiamos en el Ward desde jardín de infantes hasta finalizar secundaria. Vivíamos en Ciudadela y pronto mis padres construyeron una casa a la vuelta del comedor, así que hacíamos 150 metros e ingresábamos al Colegio, pues en aquel entonces, todas las puertas estaban abiertas.

Al haber sido una formación intensa, con muchas vivencias buenas y malas que nos marcaron para siempre, deseaba que mis hijos se formaran aquí y estaba decidida a hacer el esfuerzo por brindarles esa oportunidad. Sin embargo, mis padres, que consideraban la educación en el Ward una bendición y un privilegio, quisieron hacer ese regalo a todos sus nietos.

Hoy, mis hijos Candela ('15) y Tobías Nostro González ('17), ¡también son wardenses! Disfruté con ellos el llevarlos y retirarlos cada día, aprovechando el paseo por el par-

familias wardenses



*Familias Wardenses
Belén González, Candela y
Tobías Nostro González*

que, que me ayudaba a desconectarme de la vorágine cotidiana y a refrescar imágenes de niña y adolescente. Deseaba que no terminen Jardín y después, tampoco Primaria y Secundaria, pero el tiempo pasa y hay que seguir otros caminos. ¡Ahora estoy deseando volver con mis nietos!

Yo cursé Jardín de Infantes, que era únicamente Preescolar, en un pequeño sector del Edificio Williams (en el que actualmente se encuentra Secundaria), donde también funcionaba Primaria. Mis hijos disfrutaron un hermoso jardín modelo en el Edificio Bauman, alejado y sólo con el sonido de la naturaleza.

En aquel momento no existía el Natatorio, pero mis hijos sí tuvieron la gran posibilidad de realizar uno de los deportes más completos. Cuando yo estudiaba, no estaba el bufette que hay ahora, techado y con mesas, sino “el kiosco de Hipólito”, una casita roja con un escaloncito al que subíamos para ser vistos y atendidos, todos a los gritos para no perder ni un minuto del recreo.

En esa época, Secundaria funcionaba en el Edificio Oldham, y recuerdo que nos tocó cursar 2° año en el altillo, una experiencia espectacular llena de anécdotas y el privilegio de estar solos allí arriba.

Existía el Internado de pupilos, que nos llevó a intercambiar y, en algunos casos, hacer grandes amistades con compañeros de otras provincias y otros países y, por supuesto, nos acompañaba la Banda de Música. Ya sea que formáramos parte o no, nos emocionaba pues implicaba pertenecer al Ward. Todos estos espacios nos enseñaron a compartir, como la Escuela Especial, que desde chicos nos permitió conocer amigos con capacidades diferentes.

Candela

Hoy en día sigo extrañando el parque del Colegio. Estar pendiente con mis amigas de si el día iba a estar soleado o no para poder almorzar sentadas en el césped era algo cotidiano. Tanto que, recién ahora, sentada en las sillas de la facultad, rodeada de gente y ruido, valoro verdaderamente la paz y el despeje que generaban las charlas de chicas al aire libre y la inmensidad de los árboles.

Tobías

Igual de cotidiano era para mí saber que, en algún lugar, sin buscar mucho, iba a encontrar una pelota para jugar al deporte que quisiera ni bien sonara el timbre del recreo. Aunque estos sigan siendo de quince minutos, pensar en pasarlos jugando al básquet o al famoso “rápido” (un juego de patear y atajar que siempre era preferencia) me genera no solo una sensación de lejanía, sino también cierta nostalgia, sabiendo lo improbable que es vivirlo otra vez en este nuevo contexto universitario.

...

No solo quedan en nosotros las oportunidades que nos brindaban los innumerables espacios del Ward, sino también los conocimientos que adquirimos. Al estudiar Ingeniería Ambiental (Candela) y Comunicación Publicitaria e Institucional (Tobías), ya en el primer año notamos, en relación a nuestros compañeros, la profundidad de nuestros conocimientos en disciplinas como Matemática y Comunicación, al haberlas estudiado en el Ward de forma más completa. Ni hablar del nivel de Inglés que nos proporcionó el Colegio, el cual nos distingue y, comprendemos ahora, nos abrirá una gran cantidad de puertas. Internalizamos conocimientos en dicha lengua extranjera que superan el currículo oficial, y podemos desenvolvernos perfectamente ya sea en una charla cotidiana con amigos como en la explicación de fenómenos geográficos, históricos, literarios, etc.

Agradecemos el haber sido alumnos de una institución que nos ayudó a descubrir la pasión por la Música por medio de la Banda del Colegio Ward, a la cual pertenecemos



hasta egresar y llevamos en nuestro corazón al punto de estar sin falta en cada concierto. También le agradecemos por ayudar a otros a encontrar a la pasión por la escritura, gracias al Concurso Pax Orbis, o por la competencia deportiva, gracias al Torneo Atlético. De no haber sido por el Colegio, muchos quizá nunca hubiesen tenido la oportunidad de adentrarse en estas disciplinas y hallar su vocación en ellas.

...

Antes y ahora, cada una de las personas que trabajan dentro del Ward, amorosamente, nos enseñaron a los tres con el ejemplo y el conocimiento, dándonos afecto y apoyo, inculcándonos responsabilidad. La frondosa vegetación nos dio sensación de libertad y autonomía. Se forjó en nosotros el espíritu wardense, con valores ecuménicos, respeto por las diferencias y amor al prójimo. Es por estas cosas e innumerables más que nos sentimos identificados y acogidos por una comunidad que nos convoca a compartir.

¡Gracias Señor por darnos la invaluable oportunidad de formarnos en el Ward! ¡Gracias, Ward, por cada instante vivido en tus vastos espacios! 🌿